Lecturas devocionales para la mujer

VIRTUOSA

VALIOSA
INFLUYENTE
REFLEXIVA
TRANSFORMADA
ÚNICA
OCUPADA
SABIA
AUTÉNTICA

MAYO

https://vidakristiana.blogspot.com/

Mónica Díaz

Deja que Dios sea Dios

«La humildad es la decisión de dejar a Dios ser Dios».
Lutero

Gwen Bird era maestra infantil en su iglesia cuando decidió hacer una representación de la creación con sus niños. Así que repartió los personajes: unos tendrían que hacer de animales, otros, de plantas, otros, del hombre y la mujer, y Jonathan... de Dios. Para el papel de Dios, Jonathan tendría que estar toda la escena subido a una escalera, con una linterna encendida alumbrando hacia abajo. Durante la representación, justo cuando la creación estaba llegando a existir, Gwen sintió un tirón en la falda: era «Dios», o sea, Jonathan. «Hoy me siento demasiado raro para hacer de Dios» le dijo. «¿No puede hacerlo otro?».*

No podemos hacer lo que no podemos hacer y, sin embargo, cuántas veces jugamos a ser Dios. Dirigimos nuestra vida confiando exclusivamente en nuestro criterio; establecemos metas basadas únicamente en nuestras ambiciones (buenas, por supuesto, quién lo duda, pero tal vez no la voluntad de Dios para una). En nuestra inmadurez espiritual, desarrollamos un concepto de Dios que en realidad nos coloca a nosotras por encima de él; y en el fondo, somos nosotras las que regimos nuestras vidas, recurriendo a Dios en oración solamente cuando las cosas nos van mal.

Lo que esperamos de Dios se parece a concebirlo como un bien de consumo: en la medida en que la religión me ayuda en mi vida, es decir, me es útil, me fabrico una creencia a conveniencia. Pero esa ciertamente es una mentalidad posmoderna, muy alejada de lo que la Biblia nos dice de Dios. Aceptar el mensaje bíblico respecto a él requiere posicionarnos a nosotras como criaturas frente al Creador. Él es el que está subido a la escalera.

El profeta Isaías escribió: «Una vasija de barro, igual a otra cualquiera, no se pone a discutir con quien la hizo. El barro no dice al que lo trabaja: "¿Qué estás haciendo?", ni el objeto hecho por él le dice: "Tú no sabes trabajar"» (Isa. 45: 9). La mujer cristiana no solo acepta la obra de Dios en su vida, sino que le pide diariamente que obre en su interior, para estar segura de que, quien sabe qué es lo mejor para ella, interviene a cada paso.

Jesús, el «humilde de corazón» (Mat. 11: 29, RV95), se sometió al Padre durante su vida en esta tierra. Ese sometimiento debiéramos imitarlo. Dejar que Dios sea Dios. Para eso, hace falta humildad.

«Humíllense delante del Señor, y él los exaltará»
(Sant. 4: 10).

---

* John Ortberg, *The life you've always wanted* (Míchigan: Zondervan, 2002), p. 112.

Nuestra manera de pensar

«Nada ofrece a la vida más significado que la constatación de que cada momento de sensibilidad es un don precioso».
Steven Pinker

https://vidakristiana.blogspot.com/

Una mujer estaba lista para salir en su primera cita con un hombre después de haber estado casada veinte años y haber pasado por un amargo divorcio. Había conocido a este nuevo prospecto a través de las redes sociales y le había parecido agradable y muy interesado en ella. Así que se compró un vestido y acudió a la cita. A los diez minutos, el hombre abruptamente le dijo: «No estoy interesado. Lo siento, me voy». Y se fue.

El dolor que sintió ella por causa de aquel rechazo fue tan grande que se quedó paralizada, hasta que entendió que necesitaba hablar con su mejor amiga. Su mejor amiga le dijo: «¿Qué esperabas? Eres una mujer divorciada con unas caderas enormes y nada interesante que decir. ¿Qué hombre querría salir con una mujer así?».

Supongo que a estas alturas estás más asombrada por las palabras de la «amiga» que por la experiencia de rechazo de un desconocido. Yo también lo estaba cuando escuché la historia. Pero más me chocó descubrir que esas palabras provenían de su propia mente. Era ella quien se estaba dando ese mensaje a sí misma. Quien debiera ser su mejor amiga (ella misma) se posicionó del lado de quien la rechazó.

Nuestro diálogo interno nos engaña; es como tener una amiga con cambios abruptos de humor: un día nos apoya y anima; al otro, nos critica y descorazona. Por eso no tenemos que creernos inmediatamente lo que nos decimos a nosotras mismas de nosotras mismas; debemos aprender a gestionarlo. Un primer paso es recordar dos cosas sobre nosotras mismas que derivamos de la Biblia: somos valiosas porque Dios nos creó a su imagen y porque su Hijo nos redimió a costa de su propia vida. Que un hombre nos rechace como posible pareja no nos resta valor, ni da la razón a nuestros pensamientos destructivos.

Ponernos adjetivos negativos nos impide percibirnos como realmente somos: obras en proceso que tienen a su disposición la ayuda del Espíritu Santo, y cuyo concepto de sí mismas no se puede basar en una voz humana, sino en la Palabra de Dios (la Biblia nos dice quiénes somos en Dios). Creamos en él, creamos en los dones y talentos que nos ha dado, y reduzcamos el impacto sobre nuestras vidas de un diálogo interno que nos hace percibirnos como lo que no somos y proyectarnos como lo que no tenemos que ser.

«Cambien su manera de pensar para que así cambie su manera de vivir y lleguen a conocer la voluntad de Dios, es decir, lo que es bueno, lo que le es grato, lo que es perfecto» (Rom. 12: 2).

3 de mayo

«Esta»

«Muchas personas cuidan de su reputación
y no de su conciencia».
Publio Siro

¿Alguna vez se han referido a ti como «esta»? «*Esta* quién se cree que es». «Qué hace *esta* aquí». «*Esta* nunca entiende nada». «Dile a *esta* que se calle»... Ni tú ni yo nos llamamos «esta», y en seguida captamos que cuando nos llaman así, nos están poniendo en una posición poco favorable (por decirlo finamente). Posición en la que, por cierto, pusieron a Jesús en varias ocasiones.

En Lucas 15: 1-2, por ejemplo, leemos: «Todos los que cobraban impuestos para Roma y otra gente de mala fama se acercaban a Jesús, para oírlo. Los fariseos y los maestros de la ley lo criticaban por esto, diciendo: "*Este* recibe a los pecadores y come con ellos"». Tal comentario llevaba implícito: «*Este*, Jesús, que come con pecadores y se rodea de gente de mala fama, tiene que ser por fuerza también un pecador, por tanto, merece mala fama también». Lo juzgaban por la sola apariencia y, en función de cómo ellos la interpretaban, emitían sentencia: culpable.

En otro pasaje, Jesús se hace eco de esta forma en que los legalistas se referían a él: «Vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y decís: "*Este* es un hombre comilón y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores"» (Luc. 7: 34, RV95). Les estaba diciendo: «Para ustedes yo soy un personaje que merece mala reputación, porque no entienden los motivos que me llevan a amar al pecador y a relacionarme de la forma en que lo hago». A Jesús, su reputación no le importaba tanto como llevar esperanza al pecador, buscándolo allí donde se encontraba.

¿Y a ti? ¿Es tan importante para ti tu reputación que, antes que el bien de un ser humano que sufre, eliges aparentar ser «intachable» para asegurarte de estar libre de señalamientos? Para que nunca te llamen «esta», ¿dejarías de lado a un pecador que te necesita? ¿O eres una mujer de conciencia, que trabaja lo interior, que trabaja su carácter para que eche raíces en el evangelio, de manera que ni siquiera la dura prueba de recibir una inmerecida mala reputación lo ahogue?

«Ningún discípulo es más que su maestro» (Luc. 6: 40); no estamos exentas de que nos señalen con el dedo y nos pongan mala fama injustamente, porque ven lo externo sin entender nuestras motivaciones internas. No estamos libres de ser objeto de chismes y murmuraciones. Por eso, no te decepciones tanto cuando murmuren de ti. Asúmelo como una realidad más de la vida. Recuerda que lo importante es el corazón, es decir, la conciencia y la fe. *Estas*, lamentablemente, no todo el mundo las sabe ver, mucho menos valorar.

«No juzgará por la sola apariencia,
ni dará su sentencia fundándose en rumores» (Isa. 11: 3).

Cuida tu corazón — 1ª parte

«Perdonar ayuda a dejar ir el dolor».
Kathy Hedberg

La ciencia del perdón es algo en que los investigadores vienen profundizando desde comienzos del siglo XXI. Cada vez son más las investigaciones que relacionan de manera clara el perdón con la salud cardíaca. Por ejemplo, en 2001, Charlotte Witvliet publicó un estudio llevado a cabo con 71 participantes, a los que se les pidió que recordaran una ofensa recibida en el pasado. Después, debían imaginar dos escenarios: primero, uno en el que no perdonaban la ofensa; segundo, uno en que habían perdonado por completo al ofensor. Estos participantes estaban conectados a un equipo de monitoreo que medía su ritmo cardíaco, su presión sanguínea y su tensión muscular.

Cuando imaginaban no haber perdonado, los investigadores constataron que aumentaban el ritmo cardíaco, la presión sanguínea y la tensión muscular; mientras que después, al imaginar que habían perdonado, todos los valores volvían a la normalidad, haciéndose la calma en su interior. A veces pensamos que perdonar es solo vital para lo externo, es decir, para las relaciones interpersonales; pero también lo es para lo interno, para nuestra salud mental, espiritual y física. Perdonar es el corazón de la salud del corazón.

De hecho, perdonar es el «corazón mismo del Padrenuestro, que está en el corazón mismo del Sermón del Monte, que es el corazón mismo de cómo entendemos a Jesús».*

«Perdónanos el mal que hemos hecho, así como nosotros hemos perdonado a los que nos han hecho mal» (Mat. 6: 12), oró Jesús. *¿Y el amor?* Tal vez te estés preguntando. *¿No es el amor la esencia del evangelio?* ¡Claro! Pero ¿es posible amar sin perdonar? ¿No es acaso el perdón de una madre, de una pareja, de una amiga, cuando los hemos ofendido, lo que nos abre los ojos al hecho de que esa persona nos ama de verdad? Ese perdón nos enseña qué es realmente el amor, y nos devuelve la esperanza, para que los latidos de nuestro corazón recobren el ritmo de la paz, la ilusión, la confianza... Por eso leemos en Proverbios 17: 9 que «el que perdona la ofensa cultiva el amor» (NVI).

¿Quiero decir con esto que hemos de perdonar por un motivo tan egoísta como estar sanos? No. Gozar de una mejor salud física es un efecto secundario del perdón; pero la razón primera para perdonar es nuestra comprensión, como mujeres cristianas, de la importancia que el evangelio concede al perdón. De eso, hablaremos mañana.

«Cuida tu corazón más que otra cosa,
porque él es la fuente de la vida» (Prov. 4: 23, RVC).

* Mark McMinn, *The Science of Virtue* (Grand Rapids, Míchigan: BrazosPress, 2017), p. 45.

Cuida tu corazón — 2ª parte

«Perdonen, y se les perdonará».
Jesús

Perdonar no solo es clave para la salud física de nuestro corazón, sino que es el corazón mismo de la vida cristiana. «Cristiano», como su nombre indica, es quien «profesa la fe de Cristo», y Cristo vino al mundo para perdonarnos y reconciliarnos con Dios. Por eso, así como Dios nos perdonó a nosotros en Cristo, nosotros hemos de ser compasivos unos con otros y perdonarnos mutuamente (Efe. 4: 32); «porque si ustedes perdonan a otros el mal que les han hecho, su Padre que está en el cielo los perdonará también a ustedes» (Mat. 6: 14). Ese perdón, el perdón del Padre, es lo que un cristiano más anhela.

Cuando hablamos de perdón, siempre pensamos en lo difícil que es para nosotras perdonar a alguien, y hacemos un análisis racional de cómo lograr algo tan difícil; pero sería más interesante, cuando pensamos en el perdón, hacer un análisis espiritual de las ofensas que nosotras hemos cometido contra otros y cómo Dios nos ha perdonado cosas que nosotras no somos capaces de perdonar. No se trata apenas de lo que los demás hacen contra mí, como si fuéramos víctimas inevitables de la maldad ajena; se trata también del mal que nosotras hacemos, convirtiendo a otros en víctimas de nuestros errores. El evangelio mismo es un llamado a aceptar el perdón que Dios nos da (porque, admitámoslo, somos pecadoras reincidentes y necesitamos ese amor perdonador para recuperar la paz mental), y a pasar esa bendición perdonando a otros, ayudándolos así a conocer mejor a Dios, el gran Perdonador.

«Dios nos rescató de la oscuridad en que vivíamos, y nos llevó al reino de su amado Hijo, quien por su muerte nos salvó y perdonó nuestros pecados» (Col. 1: 13-14, TLA). Esa capacidad infinita de perdonar es una luz en sí misma y, ser luz, es otro de los llamados que nos hace el evangelio: «Procuren ustedes que su luz brille delante de la gente, para que, viendo el bien que ustedes hacen, todos alaben a su Padre que está en el cielo» (Mat. 5: 16). Somos luz a medida que vamos reflejando el carácter de Dios; y este carácter es, sobre todo perdonador: «¿Qué Dios hay como tú, que perdone la maldad y pase por alto el delito? [...] Tu mayor placer es amar» (Miq. 7: 18). Ser luz para rescatar a otros de la oscuridad, así como Dios nos rescató un día a nosotras de nuestra propia oscuridad, es un maravilloso privilegio. Para brillar hay que perdonar.

Así de intricado está el perdón con el amor que debe permear la vivencia cristiana. Nuestra luz irá en aumento a medida que perdonar se vaya convirtiendo en nuestro mayor placer, es decir, nuestra forma de vivir auténticamente lo que es amar. Podemos empezar con esta oración: *Señor, enséñame a reflejar tu amor a través del perdón.*

«Así como el Señor los perdonó, perdonen también ustedes»
(Col. 3: 13, RVC).

La ciencia del perdón

«Las personas con resentimiento se mueren antes».
Everett Worthington

En ocasiones, la ciencia arroja luz sobre cómo llevar a la práctica algunos principios del evangelio. Por ejemplo, la Biblia indica que debemos perdonar, pero no cómo lograrlo paso a paso. Cuando se trata de perdonar experiencias difíciles, lograrlo puede ser tan difícil como lo fue la experiencia misma. Por eso no hacemos mal en echar un vistazo a la ciencia del perdón, para descubrir qué hacer para aprender a perdonar.

Everett Worthington,* estudioso de la religión y la espiritualidad en la práctica de la psicología clínica, habla de cinco pasos para el perdón. Él tuvo que experimentarlos personalmente cuando decidió perdonar, primero, al hombre que había violado y asesinado a su madre; y posteriormente a sí mismo por no haberse dado cuenta, siendo psicólogo, de que su hermano tenía depresión, la cual lo condujo al suicidio. Para Worthington, el camino al perdón implica:

1. *«Recordar el daño lo más objetivamente posible».* Esto es duro, porque tendemos a ver al ofensor como un monstruo y a ponerle etiquetas: «es un», «es una»... Pero la naturaleza humana es más abarcante que un adjetivo; no podemos reducir a una persona a un juicio de valor. Ser honestas con lo sucedido, sin negarlo ni evadirlo, es crucial para aceptar el dolor y empezar a sanarlo.
2. *«Empatizar: intentar ponerte en el lugar de tu ofensor».* Tras haber reconocido la complejidad humana, resulta más sencillo entender al otro en la complejidad de su vida. Esto no significa excusar el mal que nos hizo, sino intentar comprender sus porqués más allá de nuestro dolor. Comprender no significa restarle importancia a lo sucedido; significa ponernos en los zapatos del otro.
3. *«Ser altruista, para darle al ofensor el regalo del perdón».* Debemos comprender que el perdón ofrecido al infractor se basa en la gratitud que sentimos por haber recibido perdón de otras personas en el pasado. En el caso del cristiano, nuestra base para dar este difícil paso es el perdón que recibimos de Dios en Cristo.
4. *Comprometerse públicamente.* Contarle a alguien (un pastor, un consejero de confianza, una amiga íntima, nuestra madre) que hemos decidido perdonar.
5. *Mantener el perdón.* Sabemos que las emociones fluctúan, y por eso le hemos contado a alguien nuestra decisión de perdonar, para que nos la recuerde cuando nuestras fuerzas flaqueen. Con esa ayuda, y con la fuerza que Dios nos da, mantengamos la decisión de perdonar.

«No juzguen, y no se les juzgará. No condenen, y no se les condenará. Perdonen, y se les perdonará» (Luc. 6: 37).

---

* *Forgiving and Reconciling* (Illinois: InterVarsity, 2003).

7 de mayo

Hacen falta los vientos

«Cuando sientas que todo se pone en tu contra, recuerda que un avión despega contra el viento, no a favor».
Henry Ford

A principios de los noventa, en el estado de Arizona, comenzó el experimento* *Biosfera 2*, que finalizó en 2007. Consistió en crear un ecosistema artificial para comprender mejor cómo funciona la biosfera. En ese entorno controlado se pudo replicar una selva, un océano, un arrecife de coral, un desierto, un manglar, terrenos de cultivo, gas natural, un hábitat humano...; sin embargo, no se pudo replicar el viento. Se permitió a la naturaleza seguir su curso y se descubrió algo muy interesante: los árboles crecían rápido, pero se caían antes de llegar a su edad reproductiva.** ¿Por qué? Porque no había viento. Como reconoció uno de los investigadores: «La falta de viento creó árboles con troncos poco sólidos; crecieron rápido, pero se dañaron en seguida porque no pudieron desarrollar fortaleza».

Tal vez los vientos están soplando de manera desatada en tu vida; tanto, que te sientes vulnerable y te haces preguntas difíciles de responder. Eres como un árbol siendo embestido por las crueles fuerzas de la naturaleza, y no eres capaz de ver qué puede tener de bueno toda esta adversidad. Pero sí hay algo de bueno en todo ello: Dios te está transformando, está fortaleciendo tu fe. Porque «la fe de ustedes es como el oro: su calidad debe ser probada por medio del fuego. La fe que resiste la prueba vale mucho más que el oro, el cual se puede destruir. De manera que la fe de ustedes, al ser así probada, merecerá aprobación, gloria y honor cuando Jesucristo aparezca» (1 Ped. 1: 7).

Todas tenemos miedo al dolor, a las pruebas, a la adversidad, pero sin ellos no podemos desarrollar la fortaleza espiritual que Dios desea darnos. Confía en él; recuerda que te está haciendo fuerte para su gloria. Tal vez ahora no te des cuenta, pero estás desarrollando firmeza de carácter, solidez de propósitos, peso, sustancia, profundidad en tus raíces y resistencia en el tronco. Los frutos pronto se verán, pues te estás convirtiendo en una mujer cuya fe vale más que el oro.

Vivir lejos del viento puede parecer atractivo, pero te limitaría a un carácter débil. La realidad que vives ahora te está esculpiendo; es la manera que tiene Dios de invertir en ti, refinándote como a oro.

«Cuando su fe es puesta a prueba, ustedes aprenden a soportar con fortaleza el sufrimiento. Pero procuren que esa fortaleza los lleve a la perfección, a la madurez plena» (Sant. 1: 3-4).

---

* https://es.wikipedia.org/wiki/Biosfera_2 [consultado en septiembre de 2022].

** Mike Kim, «Stay out of the bubble: Biosphere 2», en https://mikekim.com/stay-out-of-the-bubble-biosphere-2-2/ [consultado en septiembre de 2022].

Lo que ocurre cuando no ocurre nada

«Algo ocurre cuando no ocurre nada: Dios usa esa espera para cambiarnos».
Jade Mazarin

No me gusta ir sola a los centros comerciales; cuando lo hago, me dirijo rápidamente al mapa y busco la frase: «Usted está aquí». Entonces nuevamente me asalta mi resistencia interna a ir a los centros comerciales: *¿Yo estoy aquí? ¿Aquí dónde? ¿Aquí, esperando que llegue el hombre de mi vida mientras veo cómo el reloj biológico sigue tictaqueando implacablemente? ¿Aquí, estancada en recuerdos del pasado que de vez en cuando me asaltan y me doy cuenta de que tal vez aún no sé perdonar? ¿Aquí, lejos de los míos?*

Nuestros «aquí» no siempre nos parecen ser lo suficientemente buenos.

Cuando somos niñas, queremos ser mayores de edad; cuando comenzamos la universidad, queremos empezar a trabajar; cuando somos profesionales, anhelamos esa promoción que parece no llegar; cuando no tenemos pareja, queremos el esposo, la casa, los hijos y el perro; cuando no tenemos hijos, buscamos las soluciones que la ciencia pone a nuestro alcance... ¿Y qué le sucede a nuestro corazón (nuestra esperanza, nuestra fe)? Lo que dijo Corrie ten Boom: «La preocupación no vacía el mañana de tristeza, vacía el hoy de fuerza». ¡De una fuerza que necesitamos para vivir el hoy plenamente!

Cuando encuentro motivos para preocuparme porque no estoy donde quisiera estar, es el momento de recordar que Dios sabe exactamente los planes que tiene para mí. Lo que sabemos nosotras es una gota de agua; lo que ignoramos es el océano; en cambio él tiene una perspectiva completa. Dios quiere cocinar nuestro carácter a fuego lento, desarrollando nuestra paciencia, nuestra fe, nuestra esperanza. La parte que nos toca a nosotras (y la clave para no desesperarnos) es entregarnos a él por completo.

Por eso, querida amiga, cuando te asalte esa temida frase «usted está aquí» y con ella salgan a la superficie tus preguntas existenciales, te sugiero llevar la mente a la maravillosa frase de hoy: «Algo ocurre cuando no ocurre nada: Dios usa esa espera para cambiarnos».* Lo vemos en grandes personajes de la Biblia, como Sara, Ana, Moisés, José, Jacob, o el pueblo de Israel al completo; lo verás también en ti.

Deposita en Dios toda tu ansiedad, porque él cuida de ti como nadie más podría hacerlo (1 Ped. 5: 7).

«Ciertamente ninguno de cuantos en ti esperan será avergonzado» (Sal. 25: 3, JBS).

---

* «God Is Working in Your Waiting», *desiringGod*, 20 de febrero de 2017, https://www.desiringgod.org/articles/god-is-working-in-your-waiting [consultado en septiembre de 2022].

9 de mayo

Una chispita de sal

«Nadie me pidió nunca el número de teléfono de un vendedor de drogas. Es música, música, música. Esa es la influencia que yo ejerzo».
Pete Doherty

En 2020, un virus terrible paralizó al mundo. Nada positivo puedo decir de él, pero en el interés que sentí por saber más para protegerme mejor, aprendí algo interesante sobre los virus. Quiero compartirlo hoy contigo, porque una imagen vale más que mil palabras cuando de obtener enseñanzas espirituales se trata. Verás, las infecciones virales fuerzan a nuestro organismo a producir mucosidad para crear un ambiente en el cual puedan sobrevivir y extenderse. Para combatir el virus, hay que cambiar el ambiente; por eso el médico nos receta una medicina que destruye las condiciones que el virus creó. Es decir: se mata un virus cambiando el ambiente en el que prolifera. Igual sucede con las infecciones urinarias: en un ambiente ácido proliferan las bacterias que las producen, por eso hay que ingerir algo que cambie el PH del medio.

No sé cómo son los ambientes en que te desenvuelves tú cada día. No sé cómo es la empresa donde trabajas, la iglesia de la que eres miembro, los familiares con quien convives, las amistades con las que pasas tiempo libre...; pero sí conozco la humanidad lo suficiente para saber que diversos virus proliferan en todos ellos: chismes, mentiras, manipulaciones, envidias, desavenencias... Tienes dos opciones: no hacer nada (o sea, ayudar a que los virus sigan proliferando a gusto en el ambiente que ellos mismos crearon), o aportar algo que cambie el entorno, de tal manera que esos virus no proliferen más y haya esperanza de cortarles el avance. Sé que es difícil ser una influencia que lucha contra la corriente, pero es, en esencia, lo que hemos sido llamadas a ser: la sal de la tierra; la luz del mundo; el medicamento que cambia el ambiente y el PH del medio.

Existen muchos tipos de influencia, pero la que realmente cambia el entorno es la del carácter. El evangelio practicado en la vida de una cristiana auténtica es un poderoso antídoto contra los virus que proliferan incluso en la iglesia. Las palabras sobran si nuestro carácter no aporta esa chispa de sal que derrite, con el atractivo de la humildad, el hielo que hace poso en los corazones cínicos y endurecidos. Solo hay una manera de destruir las condiciones que el pecado ha generado: integrando en nuestro carácter el antivirus de la fe sencilla que obra por el amor.

¿Qué influencia ejerces? Jesucristo ha sido la mayor influencia para el bien, la salud y la felicidad que este mundo haya conocido; acudir a él cada mañana es el primer paso para que tú seas una chispita de sal que contrarreste el mal sabor de un entorno donde proliferan los virus.

«Ustedes son la sal de este mundo. Pero si la sal deja de estar salada, [...] ya no sirve para nada» (Mat. 5: 13)

Cambiar mi corazón, para cambiar otros corazones

«Los favores abren puertas; la influencia cambia corazones».
William L. Ford III

Como hijas de Dios, tenemos influencia incluso cuando nuestra reputación no está en sus mejores momentos. Dios desea utilizarnos para que influyamos sobre otros, pero si no entendemos el tipo de influencia al que somos llamadas, no la ejerceremos de la manera ni por las razones correctas.

Me gusta una de las definiciones que el *Diccionario de la lengua española* da a la palabra «influir»: «Dicho de una persona: ejercer fuerza moral». Aunque la palabra «influir» apenas aparece en la Biblia, el concepto sí aparece, y tiene mucho que ver con esta definición del diccionario. Un pasaje que nos sirve de referencia es Filipenses 2: 14-16: «Lleven una vida limpia e inocente como corresponde a hijos de Dios y brillen como luces radiantes en un mundo lleno de gente perversa y corrupta. Aférrense a la palabra de vida» (Fil. 2: 15-16, NTV).

Por supuesto que hay muchas maneras de brillar (de ejercer fuerza moral), pero solo una desde el punto de vista bíblico: «Llevar una vida limpia e inocente». La clave para lograrlo es que nosotras mismas nos rodeemos de esa influencia, que es Cristo, aferrándonos a su «palabra de vida» para que transforme nuestro corazón. Solo el cambio de nuestro corazón hará de nosotras una influencia que transforme.

Este tipo de influencia es muy diferente al que ejerce, por ejemplo, una celebridad (un rico, un poderoso, un ejecutivo...).

- Las celebridades contratan a quien vele por su imagen; las luces que brillan para Dios mueren cada día al yo y no dan mucha importancia a su propia imagen sino a la de Cristo.
- Las celebridades usan a las personas para que sirvan a su autoridad; las luces radiantes que brillan para Dios usan su autoridad para servir a las personas.
- Las celebridades usan su influencia para impresionar a quienes son alguien en la sociedad; los que brillan para Dios, la usan para empoderar a los que la sociedad tilda de «donnadies».
- Las celebridades construyen su propio reino; las estrellas que brillan para Cristo construyen el reino de Dios.*

Jesús fue una luz resplandeciente que nunca se comportó como una celebridad. Para seguir sus huellas, debemos permitirle erradicar de nuestro corazón el orgullo, la ambición, la hipocresía, y el deseo de agradar a los demás antes que a Dios.

«Los entendidos brillarán como el resplandor del firmamento, y los que guiaron a muchos a la justicia, como las estrellas, por siempre jamás» (Dan. 12: 3, LBLA).

---

* William L. Ford III, *Created for Influence* (Minneapolis: Chosen, 2014), pp. 47-48.

¿Dispuesta a comprometerte?

«Mi Padre nunca deja de trabajar, ni yo tampoco».
Jesús

Por lo general, muchas personas hacen campaña política para ocupar cargos públicos; sin embargo, la pequeña localidad de Tar Heel, en Carolina del Norte, Estados Unidos, fue noticia en 2011 porque nadie se presentó para ninguno de los cuatro puestos vacantes de alcalde y concejales.* El alcalde saliente había admitido que el trabajo era mucho y los beneficios pocos,** y eso tuvo un impacto en la gente. De todos modos, las elecciones tenían que celebrarse, por lo que las autoridades electorales pidieron a los ciudadanos que escribieran sus propuestas en papeletas. Así eligieron a quien no quería ser elegido.

Algo tan poco común en cuanto a cargos públicos se refiere es, sin embargo, común en los cargos de iglesia de muchas congregaciones. Yo viví esta realidad. En una ocasión, por ejemplo, en la iglesia a la que asistía y que contaba con más de quinientos miembros, tuve que asumir en un mismo año tres cargos, porque otros habían dicho que no. Obviamente, en la iglesia no se puede elegir a quien no quiere ser elegido; el servicio eclesiástico ha de hacerse por amor, por compromiso con el Padre, en plena libertad; ha de nacer del corazón y de la convicción individuales.

Sí, es cierto, llevar la responsabilidad de un cargo de iglesia es asumir una tarea a veces inmensa, y los beneficios pueden parecer inexistentes, pero no es así. Las primeras beneficiadas somos nosotras mismas, porque esta obra nos educa. Y, además, impacta las vidas de otros y el cuerpo de Cristo se beneficia. Jesús dijo: «Mi Padre nunca deja de trabajar, ni yo tampoco» (Juan 5: 17, TLA); y yo, ¿qué hago? ¿Estoy dejando para otros una tarea para la cual Dios me cualificó a mí?

Elena G. de White escribió: «Las mujeres cristianas están llamadas a servirle. [...] Hay tareas que se han dejado de lado, o se han hecho imperfectamente, que podrían ser cumplidas mediante su servicio. Pueden llegar a ciertas clases que los ministros no pueden alcanzar. Hay cargos en la iglesia y en muchas ramas de la obra que ellas podrían cumplir. [...] Se necesitan mujeres de principios firmes y carácter decidido [...] dispuestas a comprometerse en la importante tarea de esparcir los rayos de luz que el cielo ha derramado sobre ellas».*** Como puedes ver, haces falta en la iglesia, utilizando el don que Dios te ha dado en el desempeño del servicio al cual te está llamando.

«Somos compañeros de trabajo al servicio de Dios» (1 Cor. 3: 9).

---

* https://en.wikipedia.org/wiki/Tar_Heel,_North_Carolina.

** https://www.sandiegouniontribune.com/sdut-no-one-bothers-to-run-in-small-nc-towns-election-2011jul15-story.html [consultado en septiembre de 2022].

*** *Hijas de Dios* (Doral, Florida: IADPA, 2008), cap. 1, pp. 14-15.

La cruz — 1ª parte

«La hora para la cual había venido al mundo era precisamente la hora en la cual se fue del mundo».
John Stott

La cruz es el símbolo del cristianismo, pero no siempre lo fue. Los primeros creyentes evitaban ser asociados con ella, pues representaba una muerte deshonrosa reservada a asesinos, insurrectos y ladrones violentos que además fueran esclavos (o, en algunos casos, extranjeros); por eso Pablo escribe: «Nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura» (1 Cor. 1: 23, RV95). ¿Por qué para los judíos tropezadero? Porque no hacían diferencia entre un madero y un árbol; tampoco entre «colgar» y «crucificar»; y en Deuteronomio 21: 23 se lee: «Maldito de Dios el que muere colgado de un árbol». Los judíos no podían aceptar que el Mesías muriera colgado de un madero; los gentiles no concebían adorar a un crucificado.

Es por esto que los primeros creyentes cristianos, que provenían tanto del judaísmo como de las comunidades gentiles (es decir, los no judíos) se identificaban con otras imágenes totalmente diferentes a la cruz. En las catacumbas de Roma, donde muchos cristianos tuvieron que ir a esconderse para refugiarse de feroces persecuciones, dejaron pinturas que se conservan aún: *pavos reales* (símbolo de la resurrección porque en primavera, tiempo de Pascua, cambia su plumaje); *palomas* (señal del Espíritu Santo que descendió en Pentecostés); *palmas* (símbolo de la victoria de los atletas); las letras *alfa y omega* (símbolo del principio y el fin de todas las cosas); o el *pez* (la palabra *icthis*, «pez» en latín, es acrónimo de *Iesus Christos Theou Huios Soter*: Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador).

No es hasta el siglo III que se encuentran evidencias de que la cruz era usada como símbolo por los cristianos y para referirse a los cristianos. ¿Por qué no se eligió un pesebre, un banco de carpintero o una barca? ¿Cómo llegó la cruz a ser vista como el símbolo por excelencia de Cristo? Porque fue central en la vida de Jesús, desde la propia perspectiva de Jesús.

Según los Evangelios, Jesús supo muy pronto que tenía una misión, y que esa misión estaba asociada a su sufrimiento y muerte, tal como predecían los profetas (ver Mar. 14: 20-21). Al principio mismo de su ministerio, «Jesús comenzó a enseñarles que el Hijo del hombre tendría que sufrir mucho, [...] que lo iban a matar. [...] Esto se lo advirtió claramente» (Mar. 8: 31-32). Jesús «lo advirtió claramente», no había de ser un secreto que su muerte era la razón de ser de su misión. Sufrir la cruz era la razón por la que había venido a este mundo. Y si para él no fue un secreto del cual avergonzarse, ¿por qué habría de serlo para sus seguidores?

«Cristo mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre la cruz»
(1 Ped. 2: 24).

La cruz — 2ª parte

«Donde la incredulidad solo ve desgracia, la fe ve gloria». **John Stott**

Jesús vino a este mundo nuestro para cumplir lo que las profecías predecían acerca del Mesías, el Cordero de Dios. ¿Y qué decían de él las profecías? Veamos algunos de los aspectos más destacados que el Antiguo Testamento profetizó sobre el Mesías que quedó retratado para nosotros en el Nuevo Testamento: «Será despreciado y desechado por la humanidad entera. Será el hombre más sufrido. [...] ¡Será menospreciado! Con todo, él llevará sobre sí nuestros males, y sufrirá nuestros dolores, [...] será herido por nuestros pecados; ¡molido por nuestras rebeliones! [...] Por su llaga seremos sanados. [...] Se verá angustiado y afligido, [...] será llevado al matadero. [...] Sufrirá la cárcel, el juicio y la muerte. [...] Morirá en compañía de malhechores; [...] pero al Señor le pareció bien quebrantarlo y hacerlo padecer. Cuando se haya presentado a sí mismo como ofrenda para la expiación de pecado, verá [...] el fruto de su propia aflicción, y se dará por satisfecho» (Isa. 53, RVC).

Jesús creía en las Escrituras del Antiguo Testamento como la revelación del Padre, particularmente en lo que respectaba a su propia misión, y por eso aceptó la cruz, sabiendo que su muerte no sería una muerte sin sentido, sino que la salvación de la humanidad sería posible a través de ella. Por eso, una vez tuvo claro su propósito, hizo que este pasara a primer plano y habló abiertamente del que sería su duro final. Decía que «el Hijo del hombre vino [...] para dar su vida en rescate por muchos» (Mar. 10: 45, LBLA).

«Esta era la perspectiva de Jesús sobre su propia muerte. A pesar de la gran importancia de sus enseñanzas, su ejemplo y sus obras de compasión y poder, ninguna de estas cosas sería el centro de su misión. Lo que dominaba su mente no era vivir sino entregar su vida. Este sacrificio final era su "hora", por la cual había venido al mundo».* Es por esta razón que, cuando los cristianos captaron la realidad de que la cruz era el centro de la misión de Cristo, dieron el salto de no solo no avergonzarse de que su Maestro hubiera muerto crucificado, sino de sentirse totalmente identificados y agradecidos. Sabiendo que Jesús se había «dado por satisfecho» habiéndose «presentado a sí mismo como ofrenda para la expiación», ellos consideraron un honor vivir a la sombra de la cruz.

«El mensaje de la muerte de Cristo en la cruz» (1 Cor. 1: 18) es tan central para el cristiano que la cruz misma ha llegado a ser símbolo de nuestra fe. Ahora, las preguntas que te hago hoy para tu reflexión son: ¿qué significa la cruz para ti? ¿Te avergüenza, o es el motor de tu vida? ¿Presumes de ella pero no vives a la altura del llamado que nos hace? Piénsalo bien, y haz los ajustes que sean necesarios.

«De nada quiero gloriarme sino de la cruz de nuestro Señor Jesucristo» (Gál. 6: 14).

---

* John Stott, *The Cross of Christ* (Illinois; IVP Books, 2006), p. 37.

Buscar las oportunidades

«Seamos proactivos y entusiastas en hacer el bien a otros».
Matt Perman

Tal día como hoy, 14 de mayo, hace dos años, me encontraba con COVID. Llevaba días encerrada en casa, sola, sintiéndome mal cuando, ese sábado, recibí la llamada de mi jefe, el presidente de IADPA, el pastor Saúl Ortiz.

El GPS lo había traído bien hasta mi vecindario, pero al ver que había seguridad a la entrada, se comunicó conmigo para saber qué hacer. Minutos después, él y su esposa estaban a la entrada de mi casa, dejándome en la puerta una compra que ellos dos personalmente habían hecho para mí. Pude ver en su sonrisa el entusiasmo de hacer el bien a otro. También pude ver que habían hecho planes durante la semana para ir personalmente a todas y cada una de las casas de las compañeras que nos encontrábamos por aquel entonces enfermas de COVID. Nunca se me hubiera ocurrido pensar que el presidente de la institución en persona apareciera en la puerta de mi casa con las manos llenas.

Al hacerme sentir tan valorada, no solo subió mi moral en un instante, sino que se encendió una antorcha en mi interior. Comencé a pensar: ¿Cuántas veces he dejado yo de hacer el bien al alguien simplemente porque no se me ocurrió pensar en la posibilidad de hacerlo? ¿Cuán abierta o cerrada está mi mente a buscar dónde, cuándo y a quién le hace falta una mirada, un toque, un afecto, una sonrisa, una compra, una visita, una ayuda económica, un acto tangible, un pedazo de pan? Este es el propósito mismo de la vida cristiana, como magistralmente lo resumió Cristo en una frase: «Procuren ustedes que su luz brille delante de la gente, para que, viendo el bien que ustedes hacen, todos alaben a su Padre que está en el cielo» (Mat. 5: 16).

Lo que se requiere de nosotros, los cristianos, es simple, puro y eficaz: que hagamos el bien a otros para la gloria de Dios. Y «hay más oportunidades de hacer el bien de las que imaginamos. Si no abundamos en buenas obras, lo más probable no es que sea por falta de oportunidades sino por falta de visión y deseo».*

Pido a Dios esta mañana que nos dé, a ti y a mí, esa visión y ese deseo cada día, para gloria de él.

«Procuren ustedes que su luz brille delante de la gente, para que, viendo el bien que ustedes hacen, todos alaben a su Padre que está en el cielo» (Mat. 5: 16).

* Matt Perman, *What's best next* (Grand Rapids, Míchigan: Zondervan, 2016), p. 75.

La tentación y la libertad

«Resisto mis tentaciones para sentir que soy libre».
Mike Gayle

En Hebreos 4: 15, Pablo afirma que Jesús «fue tentado en todo según nuestra semejanza» (RV95). Y yo me pregunto: ¿Cómo es posible que Jesús haya sido tentado en todo? Jesús vivió hace dos mil años, ¿en qué podrían parecerse las tentaciones de entonces a las que experimento yo en el siglo XXI? Jesús no era mujer, ¿cómo pudo ser tentado en lo que supone una tentación para nosotras? Nunca se casó, ¿cómo pudo ser tentado en lo que tienta a los hombres casados? Tampoco tuvo hijos, ¿cómo podría haber experimentado las tentaciones que experimenta una madre o un padre?

¿Cómo podrían dirigirse a una sola persona todas las tentaciones de la humanidad? Creo que es evidente que Pablo no se refiere a que Jesús fuera tentado con todos y cada uno de los pecados individuales que se puede experimentar en el espectro de lo que supone ser humano, sino a que fue tentado en lo que, en última instancia, es la base de toda tentación que experimentamos en nuestra naturaleza caída: el uso de nuestra libertad.

¿En qué consiste en realidad la tentación? Me gusta la manera en que responde esta pregunta el Dr. Roberto Badenas: «La tentación es la lucha con un deseo peligroso que nos desafía a ejercer nuestra libertad al margen de la voluntad divina».* Por eso mismo, porque nos sitúa en un camino paralelo al camino de la voluntad de Dios para la vida de sus hijos, la tentación es tan peligrosa.

Algunas de las tentaciones de Jesús, particularmente las que experimentó antes de su crucifixión, fueron sin duda diferentes a las que experimentamos nosotras hoy, pero básicas en todo lo que a nosotras nos tienta; porque se trata, en el fondo, de desear servirse a una misma antes que servir a Dios.

Hebreos 4: 15 continúa diciendo que Jesús fue tentado en todo «pero sin pecado». Para lograr esa victoria sobre los deseos peligrosos que lo situarían al margen de la voluntad del Padre, Jesús se asió de la mano del mismo Padre. Nosotras, para no sucumbir a las tentaciones que experimentamos, podemos (y debemos) asirnos de Jesús quien, por cuanto «padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados» (Heb. 2: 18, RV95).

Nada te ayudará más a vencer la tentación que tomar la decisión de acudir a Jesús, quien te promete: «Yo estoy contigo todos los días» (Mat. 28: 20).

«Yo estoy contigo todos los días,
hasta el fin del mundo» (Mat. 28: 20).

* *Encuentros decisivos* (Doral, Florida: IADPA, 2021), p. 22.

https://vidakristiana.blogspot.com/

Educar la mente

«La mente es lo que une lo finito a lo infinito».
Elena G. de White

Se cuenta que un viejo maestro que gozaba de gran reputación, recibió un día la visita del hombre más rico de la ciudad, pidiéndole que se encargara de la educación de su hijo. Cuando el sabio maestro le dijo el precio que le cobraría por año, el rico protestó: «¡Eso es mucho dinero! Por esa cantidad, podría comprarme un asno». A lo cual, el anciano maestro replicó: «Efectivamente; y le aconsejo que lo compre, así tendrá dos».

¿Qué valor le damos a la educación y, particularmente, a la educación continua y diaria de la mente por medio de la lectura (en especial, de la Biblia)? ¿Somos conscientes de que autoeducarnos cada día, así como potenciar la educación de nuestros hijos, es clave para la transformación del carácter, para el desarrollo de los dones que Dios nos da, para relacionarnos bien con los demás, para llevar el evangelio en palabras y maneras que conquisten los corazones, para ser dueñas de nuestros impulsos (diferenciándonos así de los asnos), para actuar por una conciencia convertida y no por un fanatismo irracional, para vivir siempre mejorando y nunca conformándonos, para sentirnos, en definitiva, mujeres cristianas plenas?

Educar la mente es crucial para la mujer cristiana porque, como dice Elena G. de White, «todo paso hacia adelante en la adquisición de conocimiento o en el cultivo del intelecto, es un paso hacia la asimilación de lo humano con lo divino, lo finito con lo infinito».*

Educar desde la perspectiva cristiana es transmitir (y adquirir) un concepto equilibrado de nuestra libertad; es apreciar la vida y los talentos como un don de Dios, y desarrollarlos para los intereses de su reino; es ver al otro por lo que es, un ser creado por el Padre y redimido por el Hijo; es enseñar el amor como el principio que debe motivar nuestros actos; es descubrir en la naturaleza la huella indeleble de la creación; es aprender a examinarlo todo y retener solo lo bueno, para abstenerse de toda clase de mal (ver 1 Tes. 5: 21-22); es gozarnos al ser testigos del refinamiento de nuestra personalidad. Por eso, querida amiga que lees estas líneas, no dejes de aprender, de estudiar, de leer, de educarte a ti y a los tuyos.

Aprender para crecer (en el conocimiento de Dios, que es el principio de la sabiduría) y mejorar (en todos los sentidos). Porque el conocimiento refina nuestra forma de ver el mundo, mientras que la ignorancia nos embrutece.

«El que aprende y pone en práctica lo aprendido, se estima a sí mismo y prospera» (Prov. 19: 8).

---

* *La educación cristiana*, p. 66.

En tu densa oscuridad

«En esa densa oscuridad se ocultaba la presencia de Dios».
Elena G. de White

Si yo afirmara que «Dios está en la oscuridad», quizás te chocaría, acostumbradas como estamos al concepto de que Dios es un ser de luz. De hecho, nos relacionamos con él en términos de «el Señor es mi luz y mi salvación, ¿de quién podré tener miedo?» (Sal. 27: 1); «yo, el Señor, seré tu luz eterna; yo, tu Dios, seré tu esplendor» (Isa. 60: 19). Y si bien esto último es bíblicamente cierto, también lo primero lo es. Pero el hecho de que Dios esté en la oscuridad no es motivo para tenerle miedo, sino todo lo contrario. Tomemos un pasaje de la Biblia para tener claro este concepto.

En Éxodo 20: 21 leemos: «Moisés se acercó a la oscuridad en la cual estaba Dios» (RV95). Según el teólogo Ronald Allen, en este pasaje, la palabra original para «oscuridad» es *'arāpel*, que se utiliza para expresar la gloria de Dios velada.* Como ves, Dios a veces decide presentarse en la oscuridad no porque él no sea la luz absoluta, sino por amor hacia el ser humano; para protegernos, porque sabe que no podemos ver ni comprender su majestuosidad.

Desde la oscuridad, Dios nos comunica los mensajes que no podríamos entender de otra manera porque su ser sobrepasa nuestro entendimiento, sus pensamientos y sus caminos son mucho más elevados que los nuestros (ver Isa. 55: 8). Él decide velarnos a veces su gloria a través de la oscuridad; pero lejos de significar que está ausente, que no le importamos o que la oscuridad es necesariamente mala, esto nos dice que Dios no solo está presente en nuestra oscuridad, sino que esta puede ser la manera en que vela su gloria mientras vela por nosotras.

Si estás atravesando una densa oscuridad (económica, matrimonial, laboral, relacional, emocional, de salud, o una crisis de fe), no pienses que Dios te ha abandonado. No interpretes la espesa noche que te rodea como la ausencia de Dios porque Dios es luz. Lo cierto es que él está cerca. Tal vez la oscuridad que estás atravesando sea el único camino que él tiene para proteger tu salvación y manifestarse a ti de una manera que aún no puedes comprender.

Dios no solo se manifiesta cuando la vida te sonríe, también en la soledad de las tinieblas que no puedes comprender. Y hará de tu oscura noche un brillante amanecer.

«[Dios] se envolvió en un cerco de tinieblas,
oscuridad de aguas y densas nubes» (2 Sam. 22: 12, RV95).

---

* *Ronald B. Allen, Theological Wordbook of the Old Testament (Chicago: Moody Press, 1980), p. 698.*

Lo bueno de lo malo

«El que es fuerte en su propia fortaleza tiende a confiar en sí mismo en vez de depender de Dios».
Comentario bíblico adventista

Pablo escribió: «Me alegro de ser débil, [...] pues lo que me hace fuerte es reconocer que soy débil» (2 Cor. 12: 10, TLA). Son unas palabras paradójicas, porque ¿qué puede tener de bueno algo tan malo como la debilidad? ¿Qué alegría puede darme el hecho de sentirme vulnerable ante la vida, ante las circunstancias, ante mí misma y ante los demás? Te respondo: tiene de bueno y de gozoso que es precisamente lo que nos conecta con Dios y los unos con los otros.

Cuando nos sentimos «fuertes» en algo (en nuestra preparación académica, en nuestro atractivo físico, por causa de nuestra inteligencia, recursos económicos, país de nacimiento...), no necesitamos depender de Dios. El orgullo es entonces el que mueve los hilos de nuestro día a día, y las alegrías que sentimos son superficiales, pues parten de la ignorancia de lo que somos en realidad. Como consecuencia de vernos a través del filtro de nuestras «fortalezas», nuestras relaciones interpersonales se basan en una fachada que oculta la verdadera naturaleza de lo que somos. Esa fachada nos impide conectar de verdad con el otro; nos aleja de la autenticidad y, por supuesto, de la compasión cristiana.

Son las situaciones que solemos considerar «malas» (dificultades, decepciones, incapacidades, vulnerabilidades, sufrimientos... ¿debilidades?) las que nos muestran quiénes somos: mujeres limitadas por el pecado y necesitadas de un Redentor. Desde ese espacio mental que reconoce su necesidad de Dios (conocido también como humildad) es que podemos vernos a nosotras mismas de manera equilibrada, comprender al otro como un ser tan necesitado como yo, y alegrarnos de verdad, profundamente, de que eso que percibimos como debilidad fue el camino que nos llevó a la respuesta: Jesús.

Cometemos un error cuando creemos que nuestras debilidades, especialmente las más visibles, nos hacen inmerecedoras de amor; de hecho, nuestras debilidades, nuestros vacíos causados por el pecado, son la razón por la que Jesús vino a este mundo y ahora intercede por nosotras ante el Padre, haciéndonos fuertes donde tenemos que ser fuertes: en él. ¿Habrá mayor amor que ese?

Lo que considerábamos «fortalezas» antes de comprender nuestra necesidad de Dios no merece tal adjetivo, pues era precisamente lo que nos alejaba del verdadero gozo de la vida en dependencia de él. Ahora «ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí» (Gál. 2: 20, RV95), ¡no hay alegría más grande!

«Me alegro de ser débil, [...] pues lo que me hace fuerte es reconocer que soy débil»
(2 Cor. 12: 10, TLA).

La amabilidad importa. Y mucho — 1ª parte

«Hay tres cosas importantes en la vida: ser amable, ser amable y ser amable». **Henry James**

Laura, de dos años, vio que su abuelo le ofreció un trozo de chocolate. Se lo metió rápidamente en la boca y siguió jugando sin decir «gracias». Su mamá le susurró al oído:

—¿Qué más tienes que decirle al abuelo?

Laura se puso de pie y añadió:

—Abuelo, dame más, por favor.

El abuelo vio que Laura había dicho «por favor», así que la recompensó:

—Aquí tienes, por decir «por favor». Ahora es momento de decir «gracias».

—¡Gracias, abuelo! —dijo Laura abrazándole la pierna.

Minutos más tarde, jugando con sus muñecas, Laura le indicó a una:

—No olvides decir «gracias» cuando te doy chocolate.*

A veces enseñamos amabilidad a nuestros hijos porque las normas de cortesía nos parecen importantes, y lo son; pero la amabilidad es más que cortesía: es una radiografía de nuestro ser interior, es un rasgo de carácter que deja entrever lo más profundo del alma. Lamentablemente, vivimos en una época en que la amabilidad brilla por su ausencia, y rescatarla me parece necesario. ¿O acaso olvidamos que es fruto del Espíritu? «Lo que el Espíritu produce es amor, alegría, paz, paciencia, *amabilidad*, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio» (Gál. 5: 22-23).

Cuánta gente se descorazona por la falta de amabilidad de un cristiano. Y es comprensible, porque señala a una incoherencia: dice seguir a Cristo, pero niega la eficacia de esa fe por causa de un carácter no espiritual. Somos cartas abiertas, y la gente espera leer en nosotras un mensaje coherente. Si decimos creer en Dios, daremos fruto, el cual incluye ser amable por las razones correctas (no como superficial etiqueta de cortesía, sino como profunda convicción de que es importante ser delicada con los corazones, siempre y en todo lugar). La Biblia nos invita: «Como escogidos de Dios, santos y amados, revístanse de afecto entrañable y de bondad, humildad, *amabilidad* y paciencia» (Col. 3: 12, NVI). Así son los escogidos.

«Todas las virtudes de Gálatas 5: 22 y 23 deben estar presentes en la vida del cristiano; no se puede decir que da el fruto del Espíritu si falta una. [...] Los que reflejan en su vida estas características son los únicos que están verdaderamente libres, [...] completamente en paz con Dios y con el hombre» (*Comentario bíblico adventista*, t. 6, pp. 980-981).

«Que su amabilidad sea evidente a todos. El Señor está cerca» (Fil. 4: 5, NVI).

---

* Karen Holford, *52 ideas creativas para criar niños felices* (Doral, Florida: IADPA, 2019), p. 238.

La amabilidad importa. Y mucho — 2ª parte

«El mundo cambia con tu ejemplo, no con tu opinión». **Paulo Coelho**

Si eres madre, posiblemente la reflexión de ayer te dejó pensando: «Con lo difícil que es enseñar a un niño a que diga "por favor" y "gracias", ¿cómo se le enseña a ser amable por convicción?». Es obvio que ellos no nacen con la capacidad de distinguir las conductas que derivan de principios bíblicos; pero sí son capaces de percibir cuándo son tratados con amabilidad; y puesto que se miran en el espejo que son papá y mamá, la manera de enseñarles a ser amables empieza porque mamá y papá sean amables. Y que lo sean de tal manera que los niños perciban que es auténtico, un rasgo permanente de su manera de ser y estar.

Me gustan los consejos que da Karen Holford, experta en psicología educativa y del desarrollo, para ayudarnos a enseñar amabilidad a nuestros hijos:*

- *Tan pronto nazcan, trátalos con amabilidad,* diciendo «por favor» y «gracias». Aunque no sepan hablar, estás estableciendo en sus cerebros patrones saludables de interacción social.
- *Juega con ellos a algún tipo de reunión social,* llévalos a tu lugar de trabajo... Estas son oportunidades de practicar. Muéstrales qué deben hacer y decir.
- *Jueguen a practicar la amabilidad con sus muñecos.*
- *Busca en la biblioteca libros* entretenidos que enseñen buenos modales.
- *Cuando vean la televisión,* pídeles que se fijen en qué normas de cortesía usan los personajes.
- *Crea con ellos afiches de la amabilidad.* Elige una expresión amable y escríbela en la parte superior de una cartulina; en la inferior, escribe razones por las que esa expresión es importante. Divide la cartulina por la mitad y escribe «Se dice así» en un lado y «Se actúa así» en el otro. Recorta imágenes y expresiones de periódicos y revistas.
- *No avergüences a tus hijos ni les grites cuando se olviden de ser amables.* Recuerda que precisamente les estás enseñando a tratar a los demás con respeto.

Se trata de tener coherencia en nuestra manera de vivir como adultos, representando ante los niños el don del Espíritu hasta que puedan comprender su importancia. Para entonces, con ayuda de Jesús, lo habrán interiorizado y les resultará natural ser amables.

«Dale buena educación al niño de hoy,
y el viejo de mañana jamás la abandonará» (Prov. 22: 6).

---

* Karen Holford, *52 ideas creativas para criar niños felices* (Doral, Florida: IADPA, 2019), pp. 240-242.

Aprender a ver de cerca

«El Dios de Moisés está listo para transformar a quien esté dispuesto a detenerse ante una zarza, acercarse e ir a ver».
John Ortberg

Moisés estaba cuidando de las ovejas de su suegro cuando vio una llama de fuego en medio de una zarza. Le llamó la atención que, a pesar de estar ardiendo, no se consumía. Pensó: «¿Por qué esa zarza no se consume? *Tengo que ir a verla de cerca*» (Éxo. 3: 3, NTV). Otras traducciones dicen: «*Me detendré* a ver» (PDT); «*Me acercaré ahora*» (LBLA); «*Voy a ver*» (DHH, NVI); «*Iré*, pues, *y contemplaré*» (RVA). Los lectores de hoy sabemos algo que Moisés no sabía: era el ángel del Señor el que se estaba mostrando a él a través de algo que veía todos los días en el desierto; pero requirió por parte de Moisés tomar la decisión de detenerse, desviarse de su camino y acercarse a ver con detenimiento. El resto lo conocemos: la liberación de Israel con un gran líder al frente.

Pero una cosa es clara: «Moisés tuvo que interrumpir su rutina diaria para prestar atención a la presencia de Dios. Pudo haber seguido de largo; pudo haber mirado para otro lado, como muchos hubiéramos hecho. Pero entonces, se hubiera perdido el Éxodo, el pueblo de Israel, su llamado, la razón de su existencia... Se hubiera perdido conocer realmente a Dios».* No se lo perdió: se detuvo a ver y vio. Y tremenda revelación fue aquella.

¿Será que debes interrumpir algo para ir a observar más de cerca quién y cómo es Dios? ¿Será que tu teléfono inteligente, tu rutina diaria de entretenimiento, tus prioridades terrenales, te están impidiendo prestar la atención que hace falta para conocer realmente a Dios y descubrir su propósito para tu vida?

Tal vez Dios, a través de «un sonido suave y delicado» (1 Rey. 19: 12), está intentando manifestarse en tu vida pero tú prefieres no detenerte, porque no deseas que nada cambie (tampoco deseas cambiar tú). Si es así, es mucho lo que te estás perdiendo: una vida de continua transformación que te irá revelando el carácter de Dios.

¿Qué tal si empiezas el día preguntándole a Dios qué es lo que debes dejar de lado para caminar a su lado? No hay más ciego que el que no quiere ver, y tal vez eso es lo que hace falta: querer ver, y ver de cerca.

Detenerte. Acercarte.

«Tengo que ir a verla de cerca»
(Éxo. 3: 3, NTV).

* John Ortberg, *The Life You've Always Wanted* (Grand Rapids, Míchigan: Zondervan, 2002), p. 18.

Como a ti misma

«Agape *es un amor que se sacrifica*».
Joyce Meyer

Un «maestro de la ley, para tenderle una trampa [a Jesús], le preguntó: "Maestro, ¿cuál es el mandamiento más importante de la ley?". Jesús le dijo: "'Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente'. Este es el más importante y el primero de los mandamientos. Pero hay un segundo, parecido a este; dice: 'Ama a tu prójimo como a ti mismo'. En estos dos mandamientos se basan toda la ley y los profetas"» (Mat. 22: 35-40). Este pasaje ha sido interpretado como si Jesús hablara de que la ley tiene tres fundamentos: amar a Dios, amar al prójimo y amarse a uno mismo. Pero lo que el pasaje dice es que la ley se resume *en dos* mandamientos, no en tres: 1) amar a Dios y 2) amar al prójimo. Entonces, «como a ti mismo», ¿qué significa?

Fijémonos en el verbo que se usa en el original griego de este pasaje: *agapao*; este verbo lleva implícito el concepto de *sacrificio propio en servicio a otro*. El amor *agape* es un amor sacrificial a favor de otro, lo cual deja sin sentido el concepto de que Jesús nos estuviera mandando amarnos a nosotros mismos para servirnos a nosotros mismos. El amor egoísta no es concebido por Jesús como un tercer mandamiento o un tercer pilar de la ley. De hecho, el amor egoísta no es concebido por Jesús. Punto.

En palabras de Joyce Meyer, escritora y predicadora cristiana, «*agape* es el tipo de amor que Dios tiene hacia su Hijo y la raza humana. Es un amor que se sacrifica, el amor que vemos en Juan 3: 16: "Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito" (NVI)».* Ese es el tipo de amor del cual Jesús está hablando. Es un discurso alejado de los conceptos de la autoayuda de mirar hacia uno mismo de forma egocéntrica y derivar de ahí nuestra autoestima; de hecho, es el tipo de amor que *agapea* a sus enemigos y ora por quienes lo persiguen (Mat. 5: 44).

Jesús dijo: «Si alguno quiere ser discípulo mío, *olvídese de sí mismo, cargue con su cruz* y sígame» (Mar. 8: 34). Para ser discípulas de Jesús es importante que nos olvidemos de nosotras mismas en el sentido de que el amor que nos tengamos sea un amor *agape*, que se sacrifica para llevar a otros a Jesús y cuya vida no gira entorno al yo; un amor que se orienta hacia Dios y el otro, y deriva de ahí su propósito en la vida.

«Ama a tu prójimo como a ti mismo»
(Mat. 22: 39).

* https://tv.joycemeyer.org/espanol/devotional/el-amor-agape-de-dios/.

Cargar con la cruz

«La única base para tener una autoimagen positiva es el hecho de que Dios nos acepta en Cristo».
Anthony Hoekema

Jesús dijo: «Si alguno quiere ser discípulo mío, olvídese de sí mismo, *cargue con su cruz* y sígame» (Mar. 8: 34). En aquel tiempo «cargar con la cruz» era una imagen conocida. Los romanos habían hecho de la crucifixión un espectáculo común en sus territorios, incluida Palestina. Cuando una persona era condenada a esa muerte, se le obligaba a llevar a cuestas hasta el lugar de ejecución la cruz donde iba a ser colgado o, como mínimo, el patíbulo, o tronco transversal. «Cargar con la cruz» solo podía significar, como comenta H. B. Swete, «ponerse uno a sí mismo en el lugar de un condenado, camino a su ejecución».*

Seguir a Jesús cargando nuestra cruz es tomar la decisión de dirigirnos al lugar de nuestra ejecución. ¿Y qué es lo que ejecutaríamos allí? Esa parte de nosotras que, si la alimentáramos, nos alejaría de Dios. Porque «los que son de Cristo Jesús, ya han crucificado la naturaleza del hombre pecador junto con sus pasiones y malos deseos» (Gál. 5: 24). Todo discípulo «crucifica» la naturaleza pecadora, las pasiones y malos deseos que lo alejan de Jesús.

Cargar con la cruz, crucificar el yo, olvidarse de una misma no significa no amarnos como si no tuviéramos valor; tenemos valor, ¡y mucho! Fuimos creadas a la imagen de Dios y redimidas por su Hijo. Me gusta cómo lo definió John Stott: «El yo que hemos de negar y crucificar es nuestra naturaleza caída, todo lo que hay dentro de nosotros que sea incompatible con Jesús. Mientras que el yo que hemos de afirmar y valorar es el que fue creado a imagen de Dios, todo lo que hay en nosotros que resulta compatible con Jesús. Olvidarse de uno mismo no es un camino de autodestrucción, sino de autodescubrimiento».**

Lo que debemos aprender a negar y rechazar es nuestro orgullo, egocentrismo, falta de dominio propio y fascinación por el pecado. Por supuesto, esta decisión solo se puede tomar y llevar a cabo cuando el Espíritu Santo obra en nuestro interior.

La naturaleza caída se afana dentro de nosotras por obtener protagonismo, pero el único protagonista que puede haber en la vida de una discípula de Cristo es Cristo.

«Los que son de Cristo Jesús, ya han crucificado la naturaleza del hombre pecador junto con sus pasiones y malos deseos» (Gál. 5: 24).

---

* *The Gospel According to Mark* (Londres: Macmillan, 1898), p. 172.

** *The Cross of Christ* (Illinois: InterVarsity Press, 2006), p. 275.

La única evidencia de conversión

«Se puede ser un "buen" hombre en el peor sentido de la palabra».
Mark Twain

Después de unirnos a la Iglesia (en mi caso descubrí la Iglesia Adventista a los diecisiete años y provenía del catolicismo), se producen cambios en nuestra conducta, pero no son necesariamente evidencia de verdadera conversión. Pueden significar fascinación con la conducta de los miembros de esa Iglesia, y adaptación de nuestra conducta para ser aceptadas. Digamos que podemos experimentar cambios meramente de lo externo (manera de vestir, de hablar, hábitos que se abandonan) para formar parte de una identidad colectiva asociada a ciertas conductas. Queremos pertenecer a esa exclusividad que nos separa de los «de afuera», y hacemos los ajustes necesarios.

Pero la conversión no es «ajustarse» a una serie de prácticas que definen una cultura religiosa, sino experimentar un cambio interior basado en el evangelio y que define completamente nuestra cosmovisión; un cambio que gira en torno al amor de Dios. Por eso, el apóstol Pablo, que anteriormente vivía «ajustado» en conducta externa a la religión farisaica con la que se identificaba, pudo escribir: «Si hablo las lenguas de los hombres y aun de los ángeles, pero no tengo amor, no soy más que un metal que resuena o un platillo que hace ruido. Y si tengo el don de profecía, y entiendo todos los designios secretos de Dios, y sé todas las cosas, y si tengo la fe necesaria para mover montañas, pero no tengo amor, no soy nada. Y si reparto entre los pobres todo lo que poseo, y aun si entrego mi propio cuerpo para tener de qué enorgullecerme, pero no tengo amor, de nada me sirve» (1 Cor. 13: 1-3).

La única prueba de una verdadera conversión es el amor; ese amor capaz de amar a los enemigos, porque lo que más anhela es que todos conozcan a Dios y sean transformados por él. Cualquier otro tipo de cambio de conducta externa que no provenga de esa conversión interna producida por el amor de Dios a través del Espíritu Santo conduce al orgullo denominacional.

Es maravilloso conocer el mensaje de salvación a través de una Iglesia, y descubrir un estilo de vida ajustado a la Biblia; la clave es dejar que ese mensaje, el mensaje del amor de Dios, nos transforme en lo más íntimo, llevándonos a esa fe humilde que obra por el amor. Por supuesto, eso se verá en lo externo, pero girará en torno al amor de Dios, y a nada más.

¿Amas a quien te odia? Eso es verdadera conversión.

«El que no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor»
(1 Juan 4: 8).

Ver lo que no vemos

«Ve si hay en mí camino de perversidad
y guíame en el camino eterno».
David

En el Salmo 19 leemos: «¿Quién puede discernir sus propios errores? Líbrame de los que me son ocultos» (vers. 12, RV95). Es muy profundo este pasaje porque nos habla de una realidad que no solemos tener presente, como si no existiera en absoluto. Pero ignorarla puede ser una falta de juicio que nos asiente cada vez más en el orgullo y nos aleje de la humildad y la percepción de la santidad de Dios.

Si bien resulta fácil darse cuenta del concepto de que cometemos pecados que permanecen ocultos a los demás (porque nos esforzamos conscientemente para que nadie se dé cuenta de que los hemos cometido), resulta más difícil el concepto de que cometemos pecados de los que se nos hace imposible darnos cuenta incluso a nosotras mismas. Tan imposible, que solo podemos discernirlos con la ayuda de Dios.

Según el *Comentario bíblico adventista*, la palabra hebrea usada en este pasaje para «errores» es *shegioth*, que no aparece en ningún otro texto de la Biblia. Su raíz, *shagah*, «significa errar inadvertidamente». La Biblia nos habla aquí, pues, de esa realidad sobre la cual también la psicología es clara: existen diversos tipos de autoengaño, mecanismos de defensa, formas que tiene nuestro inconsciente de protegernos para que no enfrentemos de la debida manera nuestra propia realidad. Hablamos de autoengaños como el victimismo, la negación o la sobrejustificación.

Así que, como vemos, tanto las Sagradas Escrituras como la ciencia parecen señalar que nuestra mente no siempre nos ayuda a la hora de percibir y gestionar los errores (pecados) que cometemos, tanto por acción como por omisión. Es obvio que, con respecto al pecado, tenemos cierto nivel de miopía, que distorsiona nuestra capacidad de ver su presencia en nuestra vida y su avance en nuestro corazón. Nos cuesta ver nuestro pecado tanto desde la perspectiva de Dios como de la de aquellos contra quienes hemos pecado y, como no lo vemos, no hacemos autoanálisis (¿sobre qué? ¿para qué?). Pero es en realidad esta miopía la razón por la cual necesitamos autoexamen. ¿De qué otro modo, sino en oración y humildad, podremos ver la viga que está en nuestro ojo?

Oremos esta mañana: «Examíname, Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos. Ve si hay en mí camino de perversidad y guíame en el camino eterno» (Sal. 139: 23-24). Amén.

«¿Quién puede discernir sus propios errores?
Líbrame de los que me son ocultos»
(Sal. 19: 12, RV95).

¿Hay algo para ti más importante que tu alma?

«La vida verdadera y gozosa del alma consiste en que se forme en ella Cristo». **Elena G. de White**

Hay un chiste que dice: ¿Qué mujer está más contenta, la que tiene doce hijos o la que tiene doce millones de dólares? La que tiene doce hijos, porque no quiere más. Después de la risa inicial que genera, queda en la mente un pensamiento: por más que amasemos dinero, nunca será suficiente. Hay algo en el ama humana que no se sacia con cosas materiales.

La Biblia presenta esta realidad. En Eclesiastés 6: 7, leemos: «Todo el duro trabajo del hombre es para su boca; y con todo eso, su alma no se sacia» (RV2015). Porque el alma, eso tan profundo con que Dios nos creó, no se sacia con comida, ni con productividad en el trabajo, ni con mucho dinero, ni con posesiones, ni con imagen, ni con prestigio, ni, ni, ni... Solo «él [Dios] sacia al alma sedienta y llena de bien al alma hambrienta» (Sal. 107: 9, RV2015); el alma sedienta y hambrienta de salvación. Saciarte y llenar de bien tu alma, ¿te resulta una propuesta atractiva? Esa es la propuesta que te hace Dios.

Es Jesús mismo quien nos confronta a cada una de nosotras con las siguientes preguntas: «¿Qué beneficio obtienes si ganas el mundo entero pero pierdes tu propia alma? ¿Hay algo que valga más que tu alma?» (Mar. 8: 36-37, NTV). Imagina que es él mismo quien te lo pregunta a ti. Hoy, cuando la palabra «beneficio» resulta tan perfecta para sintetizar lo que el ser humano busca y tras lo cual se afana, te invito a responderle a Jesús: ¿Hay algo que valga más para ti que tu alma? ¿Tal vez tus pensamientos? ¿Tus metas? ¿Tus sentimientos, tanto los de amargura que sientes contra alguien y no eres capaz de dejar ir, como el enamoramiento que quizás vives?

«La educación, la cultura, la fuerza de voluntad, el esfuerzo humano, tienen su lugar, pero no tienen poder para salvarnos. Pueden producir una corrección externa de la conducta, pero no pueden cambiar el corazón; no pueden purificar las fuentes de la vida. Es necesario que haya un poder que obre desde el interior, una vida nueva de lo alto, antes que el ser humano pueda convertirse del pecado a la santidad. Ese poder es Cristo. Únicamente su gracia puede vivificar las adormecidas facultades del alma y atraerla a Dios» (*El camino a Cristo,* cap. 2, pp. 27-28).

Si tu alma es lo que más valoras, no la dejes morir. Ve a Cristo.

«¿Qué beneficio obtienes si ganas el mundo entero pero pierdes tu propia alma?» (Mar. 8: 36, NTV).

Para que Cristo nos encuentre

«Solo una cosa es necesaria».
Jesús

Jesús se hospedó en la casa de María y Marta. María, sentada a sus pies, absorbía cada palabra: aprendía. Marta, atareada con muchos quehaceres, permanecía lejos del Maestro. Sintiendo que era objeto de injusticia por parte de su hermana, Marta preguntó a Jesús: «¿No te preocupa nada que mi hermana me deje sola con todo el trabajo?». Jesús le respondió: «Solo una cosa es necesaria» (Luc. 10: 38-42). Podemos deducir por el contexto que la única cosa necesaria a la que se refería Jesús es el conocimiento íntimo de Dios.

Hoy no contamos entre nosotras con Jesús revelado en carne, pero sí con un libro que revela a Jesús a través de palabras: la Biblia. Ahora bien, podemos leerlo de tal manera como aquella en la que Marta se relacionaba con Jesús: lo conocía, pero ese conocimiento no la había llevado a cambiar su orden de prioridades en la vida. O podemos leerla para recibir sabiduría de lo alto que transforme nuestro carácter, alineando nuestros principios, intenciones, motivaciones y conductas con los valores del reino que Jesús vino a mostrarnos.

Cuando entré a la universidad, mi madre me hizo un comentario que nunca olvidé: «Hay personas que pasan por la universidad, pero la universidad no pasa por ellas». Entendí lo que me estaba diciendo: obtener conocimientos por el mero hecho de obtenerlos no es la razón por la que quiero que vayas a la universidad; lo que quiero es que ese conocimiento impacte tu educación como persona; que la cultura que adquieras se refleje en una persona culta desde todos los puntos de vista. Esto se aplica más aún a la Biblia: el conocimiento que Dios quiere que tengamos de su Palabra es uno que nos transforme por completo, a la imagen de Jesús.

Dios quiere que nuestra lectura de la Biblia sea hecha de tal forma, con tal intención y tan en sintonía con el Espíritu Santo que nos transforme en mujeres que hacen lo que hacen por convicción. Se trata, no de pasar por las Escrituras, sino de que las Escrituras pasen mí. Porque ellas son las que transforman mi manera de pensar.

Solo una cosa es necesaria: que mi mente se renueve por la contemplación diaria y con plena atención de la mente de Cristo. No es para impresionar, no es para salvarme por obras, no es para saber mucho por el hecho de saber mucho... es para reflejar a Cristo. Y es en la Biblia donde encontramos a Cristo. Eso es si la leemos para que Cristo nos encuentre.

«Ustedes estudian las Escrituras con mucho cuidado, [...] sin embargo, aunque las Escrituras dan testimonio de mí, ustedes no quieren venir a mí» (Juan 5: 39-40).

Libres

«Cuando nos sentimos libres en presencia de quienes juzgan nuestras vidas y evalúan nuestros actos, tenemos verdadera libertad cristiana».
Lewis Smedes

Una pareja que no podía tener hijos decidió comprar un perrito. El cachorro creció hasta convertirse en un precioso pastor alemán, y ellos lo querían como a un hijo. El perro era fiel en todo; incluso los salvó en una ocasión en que unos ladrones querían asaltarlos. Tras siete años de convivencia con el animal, la pareja tuvo un hijo y la atención de ellos se desvió hacia el bebé; el perro empezó a dar señales de celos.

Un día, tras haber dejado al bebé dormido en su cunita, la pareja se preparó para cenar cuando, de pronto, vieron al perro en el pasillo con la boca llena de sangre. El dueño, inmediatamente pensó lo peor; agarró un arma y le disparó. Luego se apresuró al cuarto del niño, donde encontró una enorme serpiente degollada. Llorando, exclamó: «¡He matado a mi perro fiel!».*

Cuántas veces juzgamos mal..., qué rápidamente concluimos lo peor sobre otros... Y así, vamos dejando víctimas por el camino: en términos de reputación perdida, de relaciones rotas, de corazones profundamente heridos, incluso de llegar a afectar físicamente la integridad de otra persona. Esos juicios de valor que hacemos nos vuelven a nosotras esclavas de cierta manera de pensar, y a otros, esclavos de nuestro cambio de actitud y falta de discreción hacia ellos.

Cadenas y más cadenas. Pero Dios quiere liberarnos en Cristo para que vivamos una fe pura; parte de esa liberación pasa necesariamente por el doble proceso interno de aprender a

1) no juzgar y
2) a que no nos afecte el juicio de los otros.

De este tipo de libertad al que podemos aspirar nos habla Pablo en 1 Corintios: «Muy poco me preocupa que me juzguen ustedes o cualquier tribunal humano; es más, ni siquiera me juzgo a mí mismo. [...] El que me juzga es el Señor. Por lo tanto, no juzguen nada antes de tiempo; esperen hasta que venga el Señor. Él sacará a la luz lo que está oculto en la oscuridad» (4: 3-5).

Es el tribunal superior el que nos juzga, sobre la base del amor. No necesitas malgastar ningún cartucho en dispararle a nadie. Sé libre, da libertad; relaciónate con amor, llevando a la gente a los pies de Jesús, no de tus juicios personales.

«Muy poco me preocupa que me juzguen ustedes o cualquier tribunal humano; es más, ni siquiera me juzgo a mí mismo»
(1 Cor. 4: 3, NVI).

* Indri Dumont, *El pollo* (La Paz, México: Chicome editorial, 2012), pp. 48-49.

Profecías autocumplidas

«Bástale a cada día su afán».
Jesús

https://vidakristiana.blogspot.com/

Un biólogo marino llevó a cabo un experimento que consistió en lo siguiente: colocó a un tiburón en un gran tanque y liberó muchos peces de carnada dentro del tanque. Como era de esperar, el tiburón rápidamente atacó y se comió los peces. Entonces, el biólogo insertó dentro del tanque un panel divisorio de fibra de vidrio transparente y soltó otra carnada. Una vez más, el tiburón atacó, pero se estrelló contra el panel. Siguió atacando una y otra vez, pero sin éxito. Una hora después, el tiburón se rindió.

Este experimento se repitió durante semanas, y cada vez el tiburón fue haciendo menos intentos por comerse los peces, hasta que finalmente se cansó de darse golpes una y otra vez contra el vidrio y dejó de atacar. Fue ahí cuando el biólogo retiró la división. A pesar de ello, el tiburón nunca volvió a atacar, porque creía que existía una barrera entre él y los peces, aunque ya no era el caso. A veces nosotras, tras experimentar reveses y fracasos, nos damos por vencidas creyendo que, porque no logramos algo en determinadas ocasiones, nunca lo lograremos. Seguimos viendo una barrera en nuestra cabeza que ya no existe en la realidad. A esto es a lo que los psicólogos llaman «sobregeneralización», una distorsión cognitiva que consiste en sacar conclusiones generales por casos aislados.

Pensamientos del tipo «mi esposo me dejó, ningún hombre me querrá»; «no me eligieron para este empleo, nunca conseguiré empleo»; «mi mejor amiga me traicionó, ya no puedo confiar en nadie» son una manera de cerrarnos puertas que no están cerradas realmente, con lo cual negamos la eficacia del poder de Dios, que siempre está a nuestra disposición. Esta manera de pensar es algo así como profecías autocumplidas, solo que la profetisa es una misma; no es la verdad hablándonos, y mucho menos la voz de Dios. De hecho, es tomarnos una prerrogativa que solo le corresponde a él, pues ¿quién soy yo para decir que otro nunca va a cambiar, o que algo nunca podrá ser de otra manera que como es ahora? Si lo analizas bien, verás que es una forma de orgullo, de darte un lugar que no te corresponde, y te aleja de la esperanza y la humildad a las que el evangelio nos invita.

Espera en Dios. Confía en él. Bástale a cada día su afán. No permitas que tu pasado determine tu presente. Deja que el poder de Dios actúe cada día.

«Gloria sea a Dios, que puede hacer muchísimo más de lo que nosotros pedimos o pensamos, gracias a su poder que actúa en nosotros»
(Efe. 3: 20).

Todo lo demás, es lo de menos

«Nos ganamos la vida, pero no sabemos cómo vivirla».
Anónimo

Dice un poema:

«Construimos casas cada vez más grandes, pero familias más pequeñas; compramos más, pero disfrutamos menos; habitamos en edificios más altos, pero con vidas menos profundas; vamos por autopistas más amplias, pero con mentes cada vez más estrechas. Tenemos más comodidades, pero vivimos más incómodos; más conocimiento, pero menos sensatez; más medicamentos, pero menos salud. Son tiempos de comida rápida y digestión lenta, de casas fantásticas y hogares rotos, de enojarnos enseguida y tardar en perdonar. Nos ganamos la vida, pero no sabemos cómo vivirla».

¿Será que realmente no sabemos vivir? ¿Estaremos dando prioridad a lo que no la tiene? ¿Confundimos necesidades con deseos, e intentamos llenar nuestros vacíos existenciales con cosas materiales? La comodidad que disfrutamos, ¿crea en nosotros el espejismo de sentirnos seguras? ¿Apuntamos a lo temporal, no a lo eterno, y por eso hemos desarrollado ese apetito de «andar tras lo que no aprovecha» (Jeremías 2: 8)?

¿Qué tal un punto de inflexión en nuestra vida, para vivirla de manera coherente? Porque más, no siempre quiere decir más. Más grande no es mejor; más dinero no conlleva más felicidad; más cosas no producen más satisfacción; más comodidad no implica más seguridad... ¿Qué es lo que estás sacrificando, creyendo erróneamente que persigues algo que merece la pena? Fíjate en Salomón, a quien no le faltó de nada en términos de posesiones materiales, lujos y placeres, y al final de su vida, escribió: «Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es el todo del hombre» (Ecl. 12: 13). Y aclaró: «El temor del Señor es el principio de la sabiduría» (Prov. 1: 7, LBLA).

¿Quieres que la sabiduría rija tu vida? Aquí tienes una pauta: que Dios y sus mandamientos sean tu todo. Lo demás, es lo de menos. En palabras de Jesús: «Busquen el reino de Dios por encima de todo lo demás y lleven una vida justa, y él les dará todo lo que necesiten» (Mat. 6: 33, NTV).

«Pon la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. [...] Haz morir, pues, lo terrenal en ti, [...] que es idolatría» (Col. 3: 2-5). Porque el anhelo de eternidad no se sacia con lo temporal; porque la idolatría roba la libertad; porque la vida es frágil, «ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo y luego se desvanece» (Sant. 4: 14). ¿Cómo vivirás ese «poco de tiempo»?

«Pon la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra»
(Col. 3: 2).

La puerta abierta

«La mentira mayor es el ego».
Alejandro Jodorowsky

¿Recuerdas la canción «We Are the World» que recorrió el mundo en 1985 para recaudar fondos para las víctimas del hambre en Etiopía? Yo la recuerdo como si fuera ayer (bueno, anteayer). Recuerdo lo mucho que me gustó la letra de esa canción. En el video aparecían muchos cantantes: Stevie Wonder, Bruce Springsteen, Diana Ross, Ray Charles, Billy Joel, Cindy Lauper, Lionel Richie, Michael Jackson..., superestrellas de la época. Quincy Jones, el productor y compositor (otra superestrella, por cierto), hizo dos cosas muy peculiares durante la grabación del tema. La primera es que puso en la puerta del estudio un cartel que decía: «Dejen sus egos afuera». La segunda: pidió que no se cerrara la puerta, «para permitir que Dios entrara en la sala».*

El ego humano... Ese monstruo que todos llevamos dentro, luchando por destacar y recibir atención. Por cierto, ¿cómo anda el tuyo? ¿Lo has dejado fuera o está bien acomodado en ti, controlando lo que haces y dices? ¿Cómo saberlo? Fácil. Responde estas preguntas: *¿Te sientes incómoda cuando no te dan la razón? ¿Reaccionas a la menor provocación, en lugar de mantener la calma? ¿Te tomas lo que te dicen como algo personal? ¿Eres incapaz de perdonar una ofensa? ¿Te quejas de un montón de cosas en lugar de dar pasos concretos para resolverlas? ¿Estás frecuentemente a la defensiva? ¿Te molestas cuando alguien no te cree? ¿No toleras que te critiquen? ¿Temes hacer el ridículo o no estar a la altura? ¿Te sientes herida cuando no mencionan tu nombre y sí el de otras personas en relación con algún logro?* Si has respondido «sí» a la mayoría de estas preguntas, tienes un ego demasiado frágil, por eso estará constantemente buscando protagonismo, para sentirse fuerte. Darse cuenta de ello es el primer paso para saber cómo lidiar con él.

¿Y el segundo paso? Volver a darse cuenta. Y cada vez que lo veas emerger, volver a darte cuenta de que es él quien actúa, y escuchar la voz de tu conciencia que te dice: «No reacciones, no te ofendas, pide ayuda a Dios». Claro, esa voz llega si has dejado la puerta abierta para que el Espíritu Santo entre y te ayude a poner al yo en su debido lugar.

¿Qué te parece si, en el día de hoy, lo primero que hacemos es tener un lema que diga «Dejo el ego afuera»; y, lo segundo, abrir la puerta a la presencia de Dios?

«Si alguno quiere ser discípulo mío, olvídese de sí mismo» (Mat. 16: 24).

---

* Según testimonio de Oprah Winfrey, amiga íntima de Quincy Jones.